

CAPÍTULO XX.

DE LA QUINTA ORACION DEL CÁNON.

Esta quinta oracion comienza con las palabras, *Memento etiam Domine*, que se ora por los difuntos. Se pone la particula *etiam*, porque habiéndose hecho antes de la consagracion el *Memento* para los vivos, indica debe hacerse otro tanto para los difuntos. No hay liturgia alguna que no tenga oracion para los difuntos, segun tradicion apostólica. (Pouget, Instit. Catholicar. t. 2, p. 866). En estos fundamentos se apoya esta quinta oracion, en la que debe el sacerdote tener presentes en su intencion á los que quisiere aplicar el sacrificio; luego continúa orando para las almas de todos los detenidos en el purgatorio, como lo indican aquellas palabras, *ipsis Domine*, esto es, para aquellos que en especial oró; *et omnibus in Christo quiescentibus*, es decir, para todos aquellos que están expiando con fuego en el purgatorio; para todos suplica *locum refrigerii*, haciendo relacion al fuego que les quema; *locum lucis*, refiriéndose á las tinieblas en que se encuentran; *locum pacis*, por las congojas que les atormentan: por estos tres géneros de penas aquellas almas miserables satisfacen

á la divina justicia. Se hace en este lugar oracion por todos los que están en el purgatorio, porque solo para aquellas almas se ofrece á Dios como satisfactorio el sacrificio de la Misa, segun el concilio Tridentino: *Animas in purgatorio detentas fidelium suffragiis, potissimum vero acceptabili altaris sacrificio juvari*. (Sess. 25, Decret. de Purg.). No puede ofrecerse para las almas de los condenados, porque sus penas son eternas por sentencia de Dios irrevocable. (Math. III et XXV).

Debe aquí notarse que jamás se ora *para* los Santos, sino que solamente se ofrece por ellos el sacrificio; tambien es preciso advertir que este *para*, en lenguaje eclesiástico, no significa que se ofrece para que consigan ellos gracia alguna: se ofrece para ellos en el mismo sentido que se ofrece en muchas Secretas para la santa ascension de Nuestro Señor, y así de lo demás: es decir, para dar gracias á Dios, y para honrar su memoria. Se ofrece á proporcion para los Santos del modo dicho, dando gracias para ellos, en memoria de sus virtudes y gracias que recibieron: *Pro commemoratione*, como decimos; para su honor, para su gloria, para su alabanza, como dice un antiguo Sacramentario de la Iglesia galicana: « Que estos regalos, ó Señor, os sean agradables para la conver-

«sion de nuestras almas y la salud de nuestros cuerpos; para alabanza de los Mártires y para descanso de los difuntos.» (Sac. Gallic. Mabill. Mus. Ital. p. 286). Se ve en pocas palabras claramente lo que se hace para estas dos especies de difuntos: se da gracias para los unos, y se ora para los otros: se ofrece para celebrar las alabanzas de los unos, y para procurar el alivio para los otros. Ó mejor, se emplea á los primeros para intercesores, y se ora para obtener á los segundos la total remision de sus pecados. El rogar para los Santos seria injuriarlos, ya que nosotros debemos ser recomendados á Dios por sus oraciones.

Los sufragios que se aplican para las almas que no son capaces de ellos ya por estar en el cielo, ó en el infierno, quedan en el tesoro de la Iglesia, los que Dios mismo distribuye y aplica á aquellas que pueden conseguir el fruto del sacrificio. (Div. August. in Enchirid. cap. 109).

Este sacrificio es verdaderamente propiciatorio.

Dudar que un tal sacrificio no sea verdaderamente propiciatorio, es lo mismo que dudar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo no sea un objeto agradable á Dios,

que nos lo hace favorable; esto es dudar que el mismo Jesucristo, que intercede por nosotros en su gloria presentándose delante de Dios, por esta sola accion no lo aplaca y no nos lo vuelve propicio. Mas no permita Dios que la Iglesia crea que donde Jesucristo está presente no sea él para nosotros una oblacion propiciatoria. Esto es porque la Iglesia no cesa de suplicar en esta forma en este sacrificio: «Ó Señor, sed manso, sed propicio, sed favorable á nuestro pueblo, por estos dones que os ofrecemos.» Y aun: «Que esta hostia purifique nuestros pecados; que la misma nos sea una intercesion saludable para obtener de ellos el perdon.» Y aun: «Recibid este sacrificio por la inmolation del cual habeis Vos querido ser aplacado.» (Sabb. post Cin.). Y aun en el Misal de Gelasio: «Que esta hostia saludable sea la expiacion de nuestros pecados y nuestra propiciacion delante de vuestra santa majestad.» (Lib. 3 Sac. R. E. Miss. 10). Todo está lleno de semejantes oraciones; y esto es lo que enseña San Cirilo de Jerusalem, cuando dice en su Catecismo V á los iniciados, explicándoles la liturgia: Que despues de haber hecho el cuerpo y la sangre de Jesucristo por la operacion del Espíritu Santo; despues de haber realizado el sacrificio espiritual y este culto incruento, se

hacia SOBRE ESTA HOSTIA DE PROPICIACION las oraciones de todo el pueblo, es decir, ponian sobre ella todos sus votos, como que fuese la sola víctima por la que Dios se aplaca y nos mira con ojo favorable. Por ella alcanzamos los beneficios de Dios sobre los vivos; y por ella, continúa el mismo Padre, *hacemos á Dios propicio para los muertos*, y por ella, en fin, consumamos la obra de nuestra salvacion. Por esta razon dice el sacerdote, que él *ofrece, y todos los fieles con él, este sacrificio de alabanza... para la redencion de sus almas*: no que esta sea la que Jesucristo operó, ó mereció, ó que satisfaga el precio de nuestro rescate; sino porque el mismo que la pagó está aun aquí presente para consumir su obra con la aplicacion que de ella nos hace.

De donde se ve que nuestro sacrificio no es un suplemento del sacrificio de la cruz, como pretenden los Protestantes; no es una repeticion, como si fuese imperfecto; sino al contrario, suponiéndolo perfectísimo, es una aplicacion perpétua parecida á aquella que Jesucristo hace todos los dias en el cielo á los ojos de su Padre, ó mejor, no es mas que una celebracion continua, y en cierto sentido un sacrificio de redencion, segun esta oracion que en él hacemos: «Concedednos, ó Señor, celebremos santamente estos misterios; porque todas las veces que se

«hace la conmemoracion de esta hostia se «ejerce la obra de la redencion.» (Dom. 9 post Pentec.). Es decir, que aplicándola se continúa y se consume.

No deben, pues, objetarnos que solo este es un sacrificio de conmemoracion, de alabanza, eucarístico, ó de accion de gracias, y no de propiciacion. Pues confesando sin dificultad, como lo hacemos en todas las oraciones de la liturgia, que este es un sacrificio de accion de gracias y de conmemoracion, por esta misma razon añadimos que es tambien un sacrificio de propiciacion; porque el solo medio que tenemos de aplacar á Dios y hacérselo propicio es ofrecerle continuamente la misma víctima por la que ha sido él una vez aplacado, celebrar su memoria, y ofrecerle justas alabanzas por la gracia que nos hizo de darnosla. Esto es porque en esta oracion el sacrificio de accion de gracias y el de propiciacion concurren juntos; de donde viene tambien que en muchas de las *Secretas* es llamado, una *Hostia de expiacion, de aplacacion y de alabanza: hostias placationis et laudis*. (Fer. 4 post Dom. 5 Quadrag.).

CAPÍTULO XXI.

DE LA SEXTA ORACION DEL CÁNON.

La sexta y última oración del Cónon comienza; *Nobis quoque peccatoribus*, cuyas palabras se dicen con la voz un poco elevada, y concluye en la cláusula *Per omnia sæcula sæculorum*, que próximamente precede á la Oracion dominical, cuya cláusula se dice en alta voz para que el pueblo responda: *Amen*.

El sacerdote, antes de la Consagracion, suplicó á Dios se dignase admitir la Iglesia militante en compañía de la triunfante. Lo mismo pide despues de la Consagracion por la Iglesia paciente; por quanto en esta última oracion lo mismo pide para sí y los que están presentes, como para aquellos en cuyo nombre ofrece el sacrificio: sirviéndose al efecto de las expresiones siguientes: *Intra quorum*, de los Santos que están en el cielo, *nos consortium non estimator meriti, sed veniæ quæsumus largitor admitte*: pedimos nos admita en su compañía, no en atencion á nuestros méritos, sino por su misericordia. Conoce la Iglesia que Dios no da la bienaventuranza sin mérito para ella; pero tampoco ignora que para que seamos admitidos en compa-

ñía de los Santos no solo es necesaria la gloria, sino tambien la gracia y el perdon de los pecados, que sin nuestros méritos se da únicamente por Cristo Señor nuestro; que nuestros mismos méritos son dones de la gracia y misericordia de Dios, y que sin ella nada podemos, segun aquellas palabras del real Profeta: *Non intres in iudicium cum seruo tuo Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens*. (Psalmo CXLII).

Invoca el sacerdote en esta oracion á los santos Apóstoles y Mártires, como lo hizo tambien antes de la Consagracion; entonces con objeto de obtener sus sufragios, para conseguir su comunión, y alcanzar las gracias y virtudes que podemos prometernos por el santo sacrificio: *Quorum meritis precibusque concedas....* Despues de la Consagracion, porque suplicamos á Dios se digné admitirnos en compañía de los Santos: *Intra quorum nos consortium non estimator meriti....* por lo que la primera puede decirse conmemoracion *ad suffragium*, y la segunda *ad consortium*.

Despues de haber implorado el sacerdote la intercesion de los Santos, á fin de que él y los que están presentes, por los méritos de Jesucristo, sean admitidos entre los que están en el cielo, dice: *Per quem hæc omnia, Domine, semper bona creas, sancti-*

ficas, vivificas, benedicis, et præstas nobis, per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria. Cuya interpretación es la siguiente:

Per quem hæc omnia, Domine, semper bona creas: Por cuanto Dios Padre crió todas las cosas por Jesucristo: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil* (Joan. 1), y así el pan y el vino convertidos en el cuerpo y sangre de Cristo; y que no solo los crió desde el principio, sino que los renueva continuamente, y hace produzca la tierra todos los años nuevo trigo y nuevas uvas: *Sanctificas*, por cuanto los dones ofrecidos en el altar, en nombre de Jesucristo, se hacen dones sagrados separados del uso comun: *Vivificas*, Dios, por Jesucristo, vivifica el pan y el vino convirtiéndolos en su verdadero Cuerpo y Sangre, que son verdaderos alimentos de vida: *Benedicis, et præstas nobis*, pues Dios, por Jesucristo, derrama sus celestiales bendiciones sobre el pan y el vino, y nos los entrega así bendecidos, para que sean nuestra verdadera vida: *Per ipsum*, por ser Cristo Dios y hombre verdadero, es mediador entre Dios y los hombres: *Et cum ipso*, que Dios es igual á Dios: *Et in ipso*, que es consustancial al Padre: *Est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti*

omnis honor et gloria, es lo mismo que decir, á Dios Padre todo honor y gloria por el Hijo, con el Hijo y en el Hijo, y en unidad del Espíritu Santo, que procediendo igualmente del uno como del otro, es adorado junto con el Padre y con el Hijo por los siglos de los siglos.

Las acciones que se hacen mientras se recita esta sexta oracion son las siguientes: El sacerdote, cuando dice *sanctificas*, hace el signo de la cruz sobre la hostia y cáliz; lo mismo verifica al decir *vivificas*, y practica otro tanto al pronunciar *benedicis*. Luego descubre el cáliz, hace genuflexion, se levanta, toma la sagrada hostia con los dedos pólize é índice de la mano derecha, servando el cáliz con la izquierda, y con la misma hostia, desde un lado á otro dentro la boca del cáliz, hace tres signos de cruz: primero, cuando dice *per ipsum*; otro, al decir *cum ipso*, y tercero, al pronunciar *in ipso*. Despues, teniendo aun la hostia, hace con la misma otros dos signos de cruz entre él y el cáliz: el primero, cuando dice *est tibi Deo Patri*, y otro, cuando dice *in unitate Spiritus Sancti*, y finalmente, en aquellas palabras *omnis honor et gloria*, teniendo la hostia sobre el cáliz, los levanta un poco ambos á un mismo tiempo.

Los tres signos de cruz que se hacen en

las palabras *Sanctificas, vivificas, benedictis*... significan místicamente aquellas tres oraciones de Jesucristo estando en la cruz: primera, cuando oró por sus perseguidores, diciendo: *Pater ignosce illis*...segunda, cuando profirió las palabras *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* y la tercera, al exclamar: *Pater in manus tuas commendo spiritum meum*. Los otros tres signos que se hacen de una á otra parte de la boca del cáliz, al pronunciar las palabras *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*, significan las tres horas que nuestro adorado Jesús estuvo pendiente en la cruz, que fueron desde la hora sexta hasta á la nona. Finalmente, los signos hechos fuera del cáliz indican la separacion del alma de su cuerpo. (Div. Thom. 2 p. q. 83, art. 5).

Otra mística significacion puede tambien darse á los signos de cruz cuando se dice: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*, hechos sobre el cáliz, y es: Que Jesucristo padeció en el cuerpo, en el alma y en el honor. En el cuerpo, por las heridas y azotes; en el alma, por la tristeza, tédio y temor, y en el honor, por las burlas y afrentas que le hicieron. Respecte á los otros dos signos de cruz que hace el sacerdote entre sí y el cáliz, aunque puede afirmarse en sentido católico que Dios fue crucificado por la union hipostática de la naturaleza

humana con la persona divina, de ningun modo puede decirse lo mismo del Padre ni del Espíritu Santo; motivo por que á las palabras *est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti*, se hacen los dos signos de cruz fuera del cáliz. (Div. Thom. 3 p. q. 46, art. 5).

Falta ahora decir algo de la pequeña elevacion del cáliz con la hostia á las palabras *omnis honor et gloria*. Antes del siglo XII solo á estas palabras *omnis honor et gloria*, y no antes, se manifestaba el cuerpo de Cristo junto con el cáliz al pueblo asistente para su adoracion. Levantaba, pues, en alto el sacerdote el cáliz junto con la hostia para que el pueblo le viese y adorase. Mas desde que la Iglesia, á causa de la herejía de Berengario, como dijimos en el cap. XVI, aprobó el uso introducido de elevar el Cuerpo de Cristo, y luego el cáliz al momento despues de la Consagracion; se hizo menos solemne, en las mas de las iglesias, esta otra elevacion; de modo que ni eleva ya el sacerdote el cáliz, á fin de que el pueblo asistente le vea (Pouget, tom. 2 Instit. Catholic. p. 869), quien añade: concluye el *Cánon* con las palabras *Per omnia sæcula sæculorum*, que dice el sacerdote en alta voz invitando al pueblo asistente, en cuyo nombre recitó el celebrante las oraciones precedentes, para que

confirmen con su consentimiento lo que pidió á Dios en nombre de todos, cual consentimiento manifiesta el pueblo con la palabra *Amen*.

TERCERA PARTE DE LA MISA.

CAPÍTULO XXII.

DE AQUELLAS PALABRAS: OREMUS, PRÆCEPTIS... HASTA AL PARTIR LA HOSTIA.

Algunos opinan que la Oracion dominical constituye parte del Cánón; pero es sentencia mas probable la de los que afirman que el Cánón se termina en la sexta oracion. (Bellarm. Controv. tom. 3, lib. 6, de Sacrif. Miss. c. 27). Concluido, pues, el Cánón, en esta parte de la Misa el propio sacerdote se prepara para la Comunión. Antes de la Oracion dominical profiere devotamente aquellas palabras: *Oremus. Præceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati audemus dicere*; cuyas palabras son antiquísimas: refiriéndose á ellas san Jerónimo, dice: «Así lo enseñó Cristo á sus Apóstoles, á fin de que creyendo en el sacrificio de su Cuerpo puedan decir todos los dias: *Pater noster*...» (Lib. 3 advers. Pelag.).

Síguese la Oracion dominical por la mas

antigua consuetud apostólica: «Entre los próximos momentos, mientras imponeis las manos, y perdonando los delitos, vuelved al altar al momento no podeis dejar de decir la Oracion dominical.» (Optatus Milevitanus, lib. 2).

Recita en alta voz el sacerdote la Oracion dominical, solo para prevenir á los fieles que si alguno está enemistado con otro se reconcilien todos antes de comulgar. (Bellarm. lib. de Div. offic. c. 120). Sin embargo puede darse otra razon mas convincente, atendida la antigua disciplina, segun la que la Oracion dominical jamás se recitaba en las reuniones públicas, pudiendo haber en ellas algun infiel ó catecúmeno. Este es el motivo por que en el Oficio ú Horas canónicas se dice dicha oracion en voz baja, y en voz elevada en la Misa. Porque los infieles y catecúmenos podian asistir á las Horas canónicas, pero no á esta parte de la Misa, porque, como en su lugar dijimos, eran expelidos de la iglesia luego despues de la explicacion del Evangelio. Tambien confirma esto mismo la costumbre de los monjes que siguen la regla de san Benito, que en Láudes y Vísperas rezan en alta voz el *Pater noster*; porque cantan los divinos Oficios tan solo delante aquellos que son de la familia del monasterio.

En la oracion *Libera nos*... suplica á Dios

el sacerdote nos libre *ab omnibus malis præteritis*, que son los pecados; *presentibus*, que son varias tentaciones que nos impelen al pecado; *futuris*, que son las penas debidas por los mismos, ya temporales, ya eternas. Ora tambien para que se nos conceda la paz: *Da propitius pacem in diebus nostris*; porque con pecado no puede haber paz verdadera: *Non est pax impiis, dicit Dominus.* (Isai. XVIII). Por esta misma oracion nos acogemos á la proteccion ó refugio de la bienaventurada siempre Virgen María, de los apóstoles Pedro, Pablo, Andrés y demás Santos.

Muchas son las acciones que aquí hace el sacerdote antes de comenzar la oracion *Libera nos...* La patena, que estaba debajo del corporal, despues de pasar por ella el purificador, la toma con la mano derecha entre los dedos índice y medio, teniéndola verticalmente sobre el altar; mas en las Misas que se cantan, tiene el subdiácono la patena cubierta con el velo desde el Ofertorio hasta concluida la Oracion dominical, la que purificada por el diácono, la tiene este verticalmente puesta sobre el altar, para que la tome el sacerdote con los dos dedos indicados: hay costumbre en algunas iglesias que antes de poner el diácono la patena descubierta sobre del altar, la enseña ó manifiesta al pueblo. Al llegar el

sacerdote á las palabras *in diebus nostris*, besa la patena; y cuando dice: *ab omni perturbatione securi*, pone la hostia sobre de la patena, descubre el cáliz, y hace genuflexion.

Este rito se refiere al piadoso oficio de las santas mujeres, las que compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús. Despues de haber salido de mañana el primer dia de la semana, llegaron al lugar del sepulcro ya salido el sol, diciéndose mutuamente: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro? La patena, pues, es el símbolo de esta piedra: hace sobre sí el sacerdote el signo de cruz, para anunciar que por la cruz y por este sacrificio quedan todas las cosas satisfechas en el cielo y en la tierra: al besar la patena indica haber Cristo satisfecho el deseo de las santas mujeres, á las que, saliéndolas al encuentro, las saludó diciendo: *Amen*; y ellas puestas de rodillas abrazaron los piés de Cristo, y acaso, como es verosímil, le besaron. (Natal. Alexand. lib. 2 Theolog. Dogmat. et Moral. art. 6, n. 10).

En atencion á las muchas acciones ya hechas, y parte de las que se hacen, puede aun darse otra mística explicacion. Se necesita la patena en el Ofertorio, sobre la que se pone el pan que se ha de consagrar. Despues de la oblacion del pan ó de la hos-

tia se pone la patena al momento debajo del corporal, por no necesitarse hasta en esta oracion; de aquí es que en las Misas privadas el sacerdote la pone debajo del corporal, y en las cantadas se entrega al subdiácono, como dijimos, quien la tiene cubierta con el velo, hasta que llega el sacerdote á las palabras *Libera nos, quesumus Domine...* á quien se le entrega con tiempo para la Comunión. En las iglesias donde hay la costumbre de enseñar la patena al pueblo antes de entregarla al sacerdote, se hace para invitar al pueblo á la Comunión. Hace el sacerdote sobre sí el signo de la cruz con la patena, y la besa, por ser la patena el instrumento de paz y el vaso sobre el que se pone la Eucaristía, que es la paz de los cristianos, de la que se sirve para hacer el signo de cruz; por la cruz, pues, aparta Cristo todas aquellas cosas que pueden perturbar nuestra paz: *Ipse est pax nostra... solvens inimicitias in carne sua.* Pónese la patena debajo de la hostia, para que con mas facilidad pueda tomarse luego que deba dividirse. (Pouget, Inst. Cath. t. 2, p. 870).

CAPÍTULO XXIII.

DE LA FRACCION DE LA HOSTIA HASTA LA COMUNION.

Siguiendo el sacerdote su Misa, hace genuflexion, se levanta, toma la hostia, y teniéndola sobre del cáliz la divide con ambas manos en dos partes, diciendo al mismo tiempo: *Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum.* La mitad de la hostia, que tiene en la derecha, la pone sobre la patena, y de la otra mitad, que tiene en la izquierda, saca un fragmento diciendo: *Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus.* Cuyas palabras proferidas, une aquella mitad de hostia con la otra que puso en la patena, y teniendo con la mano derecha el fragmento sobre del cáliz, dice en alta voz: *Per omnia sæcula sæculorum;* respondido por el ministro, *Amen,* hace entonces el sacerdote con el fragmento tres signos de cruz sobre del cáliz, diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum;* y respondiendo el ministro, *Et cum spiritu tuo,* deja finalmente el sacerdote caer el fragmento dentro del cáliz diciendo: *Hæc commixtio et consecratio Corporis, et Sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam æternam. Amen.*

Se parte la hostia, porque Cristo Señor

nuestro en la institucion de la sagrada Eucaristía tomó el pan en sus manos, lo bendijo, y despues de partido lo dió á sus discípulos diciendo: *Este es mi Cuerpo*; esto mismo mandó á los Apóstoles hicieran en su memoria. Á mas de esto leemos: «Que los fieles estaban acostumbrados á perseverar *in communicatione fractionis panis.*» (Áct. II).

Muchas son las razones místicas que dan los escritores de los sagrados ritos por la division de la hostia en tres partes. Mas dejando á un lado todas las demás, bastará reproducir lo que dice santo Tomás hablando sobre el particular, y es: «Que la «parte de la hostia que se pone en el cáliz «significa estar con cuerpo y alma en el «cielo, Cristo y la bienaventurada siempre Virgen María; la parte que toma el sacerdote indica todos los viadores, que para su espiritual alimento se sirven de los Sacramentos, y finalmente la tercera parte, que antes se reservaba en el altar para los enfermos, significa aquellos cuyos cuerpos estarán en la sepultura hasta el dia del juicio, estando ya sus almas en el purgatorio ó en el cielo. Y aunque este rito de reservar la tercera parte de la Eucaristía hasta el fin de la Misa no esté en uso, tiene sin embargo la misma significacion. (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5).

En otros tiempos reducian la víctima y las tortas que se ofrecian á Dios en partes muy pequeñas (Levit. II, 9), siendo esto una marca de la oblacion del sacrificio que de ello se hacia al Señor. En este sentido se hace la fraccion del sagrado pan, ya sea que se haga para la distribucion, ó por alguna otra mística razon, hace parte del sacrificio representando á Jesucristo bajo los golpes con su cuerpo roto y atravesado: lo que los griegos designan aun por una ceremonia mas particular, atravesando el pan consagrado con una especie de lanceta, y recitando al mismo tiempo estas palabras del Evangelio: «Uno de los soldados atravesó su costado con una lanza.» (Joan. XIX, 44).

Saluda el sacerdote al pueblo cuando dice: *Pax Domini sit semper vobiscum*, sin volverse de cara, por estar ocupado en la fraccion de la hostia, al que bendice, por el mérito de la hostia que dividió; hace tres cruces ó signos de cruz sobre el cáliz, para indicar que á los tres dias resucitó Cristo Señor nuestro. *Representatur resurrectio tertia die facta per tres cruces, que fiunt ad illa verba: Pax Domini sit semper vobiscum*; y tambien puede significar que la santísima Trinidad volvió el alma al cuerpo de Cristo crucificado. (Div. Thom. loco cit. ad 3). Pueden tambien significar dichas tres

cruces las santas mujeres que buscaban á Cristo en la puerta del monumento, representada por la boca del cáliz. (Inn. III, lib. 6 Myst. Miss. c. 2).

Esta accion de poner la partícula de la hostia en el cáliz está llena de misterio. En la Misa, hasta á esta parte, de la que hablamos, se nos representa la pasion y muerte de Jesucristo por la consagracion del Cuerpo y Sangre hecha separadamente, en fuerza de la cual bajo la especie de pan padece el cuerpo de Cristo, y bajo la especie de vino sufre su sangre: y aunque esta separacion es solo mística, porque realmente no puede estar el cuerpo sin sangre, ni tampoco la sangre sin el cuerpo; no obstante esta mística separacion del cuerpo á la sangre, y de la sangre al cuerpo, nos representa expresamente la pasion y muerte de Jesucristo nuestro Redentor. Faltaba, pues, expresar su gloriosa resurreccion; y esto no podia hacerse mas á propósito que echando la partícula de la hostia en el cáliz, á fin de que se una otra vez el cuerpo con la sangre. *Commixtio panis et vini designat unionem carnis et animæ, quæ in resurrectione Christi denuo sunt unitæ.* (Inn. III cit. c. 2).

Mientras pone el sacerdote la partícula en el cáliz, dice en voz baja la oracion siguiente: *Hæc commixtio et consecratio cor-*

poris et sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam æternam. Amen. La palabra *commixtio*, que equivale á *union*, se refiere « á las especies de pan y «vino, las que contienen el cuerpo y sangre.» Por la palabra *consecratio* no se pide, como algunos quieren, que en este acto se haga la consagracion, sino que la consagracion hecha ya antes nos sea saludable para conseguir la vida eterna. (Inn. III, cap. 2, lib. 6 Myst. Miss.).

Síguese el *Agnus Dei*, instituido por Sergio papa. (Div. Bonav. in exposit. Miss. c. 4). Inclinado el sacerdote, unidas las manos, dice tres veces *Agnus Dei*, dándose otros tantos golpes al pecho en señal de contricion, respondiendo á los dos primeros *Miserere nobis*, y al tercero, *Dona nobis pacem*; porque se ofrece el sacrificio por la paz presente: antes de sumir la Eucaristía reza otras tres oraciones, de las que concluida la primera, teniéndose que dar la paz, dice: *Pax tecum*; respondiendo el que la recibe: *Et cum spiritu tuo*. En las Misas de difuntos no se da golpe alguno, y en lugar de *Miserere nobis* dice *Dona eis requiem*, denotando debe acordarse el sacerdote mas de los difuntos que de sí mismo. (Hugo de S. Vict. lib. 3 de Miss. c. 37).

Por la paz se dispone el pueblo para recibir el Sacramento, reconciliándose unos

con otros, á fin de asociarse dignamente con el cuerpo y sangre del Señor, que no admite disension alguna. En las Misas de difuntos no se da la paz, porque en ellas no se ofrece el sacrificio por la paz presente, sino para descanso de los muertos, por cuya razon se omite la primera de dichas tres oraciones, como prescribe la rúbrica. «Præparatur populus per pacem.... est «enim hoc Sacramentum unitatis et pacis. «In Missis tamen defunctorum, in quibus «sacrificium non offertur pro pace præsen- «ti, sed pro requie mortuorum pax inter- «mittitur.» (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 4).

Dábase antiguamente la paz con un beso; mas para evitar la malicia de algunos hombres, se verifica ahora con un abrazo. Antes de dar el sacerdote la paz, besa primero el altar, manifestando no puede darla sin que la reciba antes de Cristo, cuya figura es el altar, como dijimos en su lugar.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA COMUNION DEL SACERDOTE.

Es preciso advertir antes que la consuncion de la hostia es una cosa inseparable de este sacrificio. Dijimos en otra parte que la consagracion es una especie de nueva creacion del cuerpo de Jesucristo por el

Espíritu Santo: este sagrado cuerpo recibe en ella un nuevo ser, y por esto un santo obispo del siglo IV, célebre por su doctrina, llama á la Eucaristía: «la renovacion «del cuerpo.» *Innovatio corporis*. (Pacian. epp. 1 ad Symp. tom. 3). Mas este cuerpo nuevamente producido solo lo es para ser consumido, y para tomar por este medio este nuevo ser que él ha recibido: lo que es un acto de víctima que se consume ella misma en un cierto sentido, aunque en verdad queda siempre eterna y siempre viva.

Sobre todo la consuncion de la sangre de Nuestro Señor representa al espíritu una idea de sacrificio; porque se ofrecian los licores derramándolos, cuya efusion era el sacrificio. Así la sangre de Jesucristo derramada en nosotros y sobre nosotros, bebiéndola, es una efusion sagrada, y como la consuncion del sacrificio de este inmortal licor.

Dicha, pues, la tercera oracion, que empieza *Perceptio*, hace el sacerdote genuflexion, se levanta, y en voz baja dice: *Panem caelestem accipiam, et nomen Domini invocabo*; con los dos dedos pólce e índice de la mano izquierda toma las partes de la hostia, teniendo la patena entre el dedo índice y medio; y dándose tres golpes en el pecho dice otras tantas veces en